

# Chile y el Descubrimiento de la Antártica

Por

Jorge BERGUÑO Barnes

Ministro Consejero, Representante Permanente de Chile en UNESCO, profesor universitario y de la Academia Diplomática. Master en Asuntos Internacionales de la Universidad de Princeton, USA.



**E**L PRESENTE ensayo aspira a contribuir modestamente al esclarecimiento de nuestros derechos sobre la Antártica mediante un análisis de las etapas sucesivas del descubrimiento del continente antártico y la prioridad de derechos que alegan los pretendientes a tal descubrimiento. Confiamos en que la exposición ordenada y cronológica de los hechos demostrará que, además de los sobradamente conocidos títulos jurídicos de Chile, incontrovertiblemente presentados en la sucesión de Cédulas Reales que confirieron a los Gobernadores de Chile la exclusividad de la jurisdicción antártica en nombre de la corona de España, existió una actividad marítima importante que constituyó una manifestación decisiva del interés primordial atribuido por España y por Chile, como Es-

tado sucesor en sus derechos territoriales, al descubrimiento de las Tierras Australes.

Hay una remota posibilidad de que Américo Vesputio haya alcanzado alguna latitud antártica y reconocidas autoridades en la materia, al hacer la exégesis de la "Lettera" dirigida por el navegante a Pier Soderini, Gonfaloniero de la República de Florencia (4 de septiembre de 1504) han coincidido en suponer que debió llegar a Georgia del Sur. Esta navegación, al igual que la del francés Binot Paulmier de Gonneville (1503) se pierde en la leyenda y no representa un eslabón de la cadena que trabajosamente comienza a labrarse con el descubrimiento del Estrecho por Hernando de Magallanes hasta el descubrimiento definitivo de la "Terra Australis".

En este orden de precedencia, que deseamos establecer con el máximo rigor,

corresponde recordar la infortunada expedición de García Jofré de Loaysa. Una de sus siete carabelas, la "San Lesmes", de 80 toneladas, al mando de Francisco de Hocés, fue separada del resto de la flota por temporales que en 1526 la llevaron más abajo del paralelo 55 (antes que Francis Drake) al descubrimiento de lo que, con alguna injusticia, se denomina hoy "Mar de Drake". Los tripulantes de la "San Lesmes" dijeron al regreso "que les parecía que era allí acabamiento de tierra".

Un año después de la incursión de Drake vino el primer intento de población del Estrecho de Magallanes, explorado por primera vez desde el Pacífico por Ladrillero, con la designación de Sarmiento de Gamboa como Capitán General y Gobernador del Estrecho. En esta expedición, el navegante Hernando Lamero y Gallego de Andrade fue el primero en avistar el Cabo de Hornos (1579), según el relato muy explícito que dicho piloto hizo al padre Acosta.

La expedición de Camargo, en 1539, sobre la cual existen escasas y contradictorias noticias, debe inscribirse también en esta cronología porque uno de sus navíos parece haber sido el primero en navegar a través del canal Beagle.

En esta forma, con la excepción del descubrimiento del archipiélago de las Malvinas por Davis y Hawkins en 1593, llegamos al año 1599 en que, según una relación contenida en la obra de Antonio de Herrera, vertida al francés con el título de "Description des Indes Occidentales", el marino holandés Gherritz habría avistado por vez primera las islas Shetland. La investigación histórica más reciente ha destruido totalmente esa versión y ha revelado, al mismo tiempo, la existencia de un importante viaje de un marino español a las latitudes antárticas en los años inmediatamente posteriores.

En efecto, el doctor Arthur Wichmann, profesor de la Universidad de Amsterdam, publicó en 1899 un trabajo de divulgación que daba cuenta de un hallazgo de enorme interés. Mezclados entre las páginas de las instrucciones preparadas para el almirante Jacques L'Hermite encontró dos elocuentes documentos. Se trata de las disposiciones del condestable Jacob Dirckx y del contramaestre Lauren

Claess; si bien la primera de ellas establece en forma irrefutable que el navío comandado por Gherritz nunca sobrepasó los 56° de latitud sur, la segunda comienza con esta frase:

"Laurens Claess, de Amberes, de 40 años de edad aproximadamente, ha servido como contramaestre en el barco magallánico llamado "Blijde Bootschap", que salió con otros buques de Gorre el día de San Juan en el año 1598 bajo el mando del almirante Mahú, ha servido también a las órdenes del almirante don Gabriel de Castiglio con tres barcos a lo largo de Chile hacia Valparaíso, y desde allí hacia el Estrecho, y eso en el año 1603, y él fue en marzo hasta los 64 grados donde tuvieron mucha nieve, y en el siguiente mes de abril ellos volvieron a las costas de Chile...".

Estos testimonios y un documento que se encuentra en el Archivo Histórico Nacional de Chile y contiene las declaraciones prestadas por el propio Gherritz y otros tripulantes holandeses, han permitido rectificar radicalmente la comprensión de este suceso histórico, demostrando que no fue Gherritz sino el almirante Gabriel de Castilla quien realizó la exploración hasta el paralelo 64, partiendo desde las costas de Chile.

La documentación de los archivos españoles, especialmente los papeles de los gobernantes del Perú, nos proporcionan algunos antecedentes acerca de la navegación antártica de don Gabriel de Castilla que, hasta los descubrimientos de James Cook a fines del siglo XVIII, constituye la primera aproximación real de un europeo a los bordes del continente helado, aún en el caso de que fuese exacta la afirmación del erudito escandinavo Aagard Bjarne en el sentido de que esta expedición no descubrió ninguna tierra en la Antártica occidental en 1603.

Hoy sabemos que don Gabriel de Castilla, personaje que sirvió en México y se distinguió en la defensa de San Juan de Ulúa, pasó a Chile en 1596 y luchó en la guerra de Arauco, fue enviado por el virrey del Perú y por la Junta de Capitanes, con dos navíos y un patache, trescientos hombres, artillería, municiones y vituallas, a efectuar en 1600 un completo reconocimiento de las costas de Chile.

MAPA DEL SIGLO XVI. DE SEBASTIAN MUNSTER, PUBLICADO EN BASEL EN 1540. LA ANTARTICA APARECE COMO UNA PROLONGACION NATURAL DE AMERICA DEL SUR.



Al igual que en el caso de Sarmiento de Gamboa, se le encargó que verificase minuciosamente qué pasos existían entre los dos océanos y qué tierras había en la extremidad meridional del continente americano. En 1600, Gabriel de Castilla partió en esta delicada misión acompañado del almirante Hernando Lamero. Desembarcó una fuerza expedicionaria en Concepción que resultó decisiva para la suerte de la guerra de Arauco; permaneció en Chile hasta 1602, año en que trasladó valiosos caudales desde Arica a Panamá; y en 1603 emprendió el histórico viaje que había de llevarlo, por primera vez en la historia de la humanidad, a la mayor cercanía del Polo antártico.

En este punto conviene hacer un paréntesis en la ordenación cronológica de la exploración antártica para destacar la importancia de la presencia de Hernando Lamero junto al almirante Gabriel de Castilla en sus viajes australes. Lamero y Sarmiento de Gamboa acompañaron a Alvaro Mendaña de Neira al descubrimiento de las islas Salomón (1567); am-

bos participaron en el intento de colonización del Estrecho de Magallanes (1579) y Lamero fue el primer marino que divisó el Cabo de Hornos y comprendió cabalmente que la "Terra Australis" no se encontraba en la latitud de la Tierra del Fuego como lo suponían los rudimentarios conocimientos geográficos de la época. Fueron las observaciones de Lamero sobre las corrientes marinas del Pacífico las que llevaron a Juan Fernández a descubrir las islas que fueron posteriormente bautizadas con su nombre, así como el descubrimiento de Juan Fernández sirvió de guía a Sarmiento de Gamboa en su navegación hacia el Estrecho. Por último, Juan Fernández recibió de Lamero e indirectamente de Sarmiento la más importante sugestión de precedencia para su poco conocida expedición a Australia y Nueva Zelandia.

En este fenómeno de transmisión de las experiencias de los grandes navegantes del Pacífico Sur hay un aspecto que hasta ahora no ha sido suficientemente profundizado. Generalmente los viajes de

Mendaña en 1567 y 1596; los de Pedro Fernández de Quiroz (1605), quien consiguió capitulaciones para descubrir las tierras australes, y la controvertida expedición de Juan Fernández en 1576, partiendo de la costa chilena y navegando a la altura del paralelo 40 de latitud sur, se han considerado como capítulos enteramente separados en la exploración del Pacífico, cuya estrecha vinculación con la búsqueda del gran Continente Austral no es puesta suficientemente de relieve.

Este es un grave error. Mendaña, Sarmiento, Lamero, Quiroz y Juan Fernández buscaban el mismo continente que don Gabriel de Castilla fue a descubrir en el año 1603. La cartografía ilustra en forma muy expresiva la concepción geográfica de la época que el jurisperito Solórzano Pereira describió en 1647 diciendo:

"Por el Polo Antártico, o del Sur, no se sabe hasta donde corre la tierra, que llaman de Patagones, y Estrecho de Magallanes; pero tiénese por cierto, que por frías que sean estas regiones, se han de hallar pobladas, y continuadas, como las que caen en el otro, debajo de la frígida zona. Y por aquí dicen Henrico Martínez, Ortelio y otros, que se juntan con la Nueva Guinea, e islas de Salomón, fronteras del Perú y reyno de Chile".

Digamos de paso que el descubrimiento de Nueva Zelandia y posiblemente de Australia por Juan Fernández adquiere contemporáneamente histórica certidumbre. Ya no se trata únicamente del memorial presentado a Felipe III por el letrado Juan Luis Arias en 1614 y que era un simple escrito introductorio a un tratado sobre el "hemisferio austral" descubierto por el navegante chileno; ni del testimonio de Medina que tuvo en sus manos una carta del gobernador Rodrigo de Quiroga. Está también el hallazgo de una armadura española del siglo XVI en la bahía de Wellington, Nueva Zelandia. Y la prueba que entrega la propia cartografía, en particular el mapa grabado en 1598 por Hernando de Solís por orden de Antonio López de Calatayud y destinado a la obra de Botero Benes; la leyenda que aparece en el llamado Continente Austral, al sur de Nueva Guinea, que reza:

"Esta costa austral fue descubierta por un piloto castellano región comúnmente

llamada de Magallanes que asta agora aún no está bien conocida".

El resto del siglo XVII, después de la incursión de Gabriel de Castilla, no fue particularmente significativo para la exploración antártica, aunque las expediciones de Schouten, Le Maire, L'Hermite y los hermanos Nodal contribuyeron a desplazar hacia el sur la masa del desconocido continente austral. Tal vez el comerciante Antonio de la Roche, nacido en Londres de padre francés, haya descubierto o redescubierto en 1674 la isla Georgia del Sur.

Pero en 1721, el almirante holandés Jacob Roggeven, descubridor oficial de la Isla de Pascua, buscando deliberadamente la tierra austral, descendió hasta los 62 grados y medio, errando el curso y sin encontrar el borde de la Antártica. En 1739, exactamente el 1º de enero, el capitán Bouvet de Lozier distinguió la silueta borrosa de un promontorio: era el Cabo Circuncisión, hoy conocido como isla Bouvet, situado en los 54º sur de latitud y 27º de longitud al oeste de Tenerife, vale decir en el borde del continente opuesto a las Shetland.

Mucho más importante fue el descubrimiento hecho en 1756 por el navío mercante español "León", cuyos tripulantes no sólo avistaron las isla Georgia del Sur sino que fueron los primeros en faenar lobos de mar en esas latitudes. A bordo del "León" venían dos personajes distinguidos: el caballero Ducloz Guyot, oriundo de Saint Malo, quien dejó afortunadamente escritas sus notas de viaje, y el gobernador de Chile que tuvo la triste honra de ser el primer europeo enterrado de acuerdo a un ceremonial marítimo en ese inhóspito lugar:

"... Don Domingo de Ortiz Teniente General del Ejército de Su Majestad Católica, Conde de Poblaciones y últimamente Presidente de Chile, de 80 años de edad, murió a las 4 de la tarde, esta mañana a las 10 fue arrojado al mar con el ceremonial de costumbre. La tripulación española lo despidió con siete aclamaciones de ¡Viva el Rey! y con sumo respeto le desearon buen viaje".

Las expediciones de James Cook, emprendidas entre 1772 y 1776, redujeron la desconocida Antártica a proporciones más reales sin lograr, con todo, revelar



su íntimo secreto. El gran Malaspina y otros navegantes españoles descubrieron entre 1762 y 1794 las islas conocidas bajo el nombre común de "Aurora" y que, en número de cuatro, se hallan en el paralelo 53 de la ruta de las Malvinas a Georgia del Sur.

Los historiadores concuerdan en atribuir al capitán John Smith el avistamiento, por primera vez, del grupo de las Shetland, producido el 19 de febrero de 1819, en un lugar de la isla Livingston, señalado actualmente en las cartas con el nombre de Punta Williams. Sin embargo, cuando el marino británico desembarcó en las islas Shetland y tomó posesión, en nombre de Su Majestad Jorge III, de la nueva tierra que bautizó como la Nueva Bretaña del Sud, un navío español, de trágica fortuna, lo había precedido en esta empresa. El capitán Smith llevó consigo a Inglaterra el cepo del ancla para hacerse un ataúd con estos restos del naufragio.

El barco español era el "San Telmo", comandado por el brigadier Rosendo Porlier, brillante oficial que se había distinguido en México y que al mando de un espléndido convoy, cargado de soldados, pertrechos y dinero, zarpó de Cádiz el 13 de mayo de 1819. "El Telégrafo" de Santiago daba la noticia de esta expedición que representaba la última esperanza española de recuperar sus territorios americanos, e informaba que Lord Cochrane no había podido encontrar al "San Telmo" y a las otras tres fragatas españolas. El "San Telmo" se había estrellado en la isla Livingston y su tripulación pereció toda ahogada, de hambre o víctima de la inclemencia de las temperaturas antárticas.

Hay otro ángulo desconocido en la preparación y realización de la expedición antártica del capitán Smith que merece destacarse. A su arribo al puerto de Valparaíso, Smith se apresuró a informar al jefe de la estación naval inglesa, capitán W.H. Shireff, de su descubrimiento, pero éste acogió con incredulidad su relato. Pero el destino colocó frente a él a un hombre que iba a convertirse en su mejor abogado. Se trataba de John Miers, ingeniero y naturalista, que había viajado a Chile con Lord Cochrane para establecer en Concón una industria de la-

minados de cobre. Era Miers un exaltado partidario de la tesis del geógrafo Dalrímple sobre la existencia de un gran continente austral. Y fue en Valparaíso, bajo la inspiración de Miers, con apoyo entusiasta de algunos chilenos, que el barco "Williams" del capitán Smith, fuera transformado, mediante una carta patente, en buque auxiliar de la Royal Navy y despachado, bajo el mando de Edward Bransfield, a tomar posesión de la Antártica para Su Majestad británica.

Entramos así al confuso período en que Bransfield, Bellingshausen, Palmer, Davis, Sheffield, Pendleton y Biscoe se disputan el honor del descubrimiento de la tierra firme austral. No existe ninguna certidumbre acerca de los descubrimientos en lo que nosotros denominamos la "Tierra de O'Higgins" hasta el desembarco de John Biscoe efectuado el 28 de febrero de 1831. En cambio, como lo explicaremos a continuación, existe una fuerte presunción de que una nave, chilena "de jure" o "de facto", partiendo de Valparaíso, haya podido llegar al promediar 1820 a la tierra firme del continente antártico.

En el departamento de manuscritos del British Museum existen unas notas redactadas por el capitán inglés Robert Fildes, conductor de la flotilla pesquera que partió de Liverpool a fines de 1820 y que en 1821 describía la tierra firme que podía divisarse en los días de buena visibilidad desde las Shetland con estas palabras:

"El capitán Mac Farlane, del brick "Dragón", un hombre muy inteligente, me dijo que él había desembarcado, encontrando leopardos y elefantes marinos, pero no focas".

En otra parte de su manuscrito, Fildes señala que en las Shetland "...estaban en Shireff Cove, el bergantín "Williams" de Blythe, el "John", el "Mercury" y el "Lady Frances" de Londres, el "Dragón" de Valparaíso y dos bergantines americanos. Pudo bien ser que el "Dragón", barco inglés que llegó a Chile en 1819 según consta en el archivo O'Higgins y que después permaneció destinado al comercio entre América y Australia, surcando durante largos años los mares del sur, con su capitán Mac Farlane, un

irlandés británico que se avecindó en Chile según Vicuña Mackenna, hayan sido los verdaderos descubridores del continente antártico. El texto del capitán Fildes es singularmente decidor en este aspecto, pues señala a cada navío con su puerto de matrícula y estampa claramente al lado del "Dragón" el nombre de Valparaíso.

Llegamos así al final de un largo recorrido, pues en los años que siguen y particularmente a fines del siglo XIX, Chile iba a consolidar los títulos de sus gobernantes y descubridores mediante actos positivos de dominio. No hemos pretendido demostrar el entroncamiento de dichos actos en las expediciones marítimas del pasado, ni profundizar en las pruebas que proporciona la cartografía, sino que, dentro de los límites de este ensayo, mostrar la presencia señera de Chile en la gran gesta del descubrimiento de la Antártica.

La verdadera historia de la Antártica estaría así por escribirse de nuevo. Con la relación de la hazaña de don Gabriel de Castilla, que seguramente yace olvidada en algún polvoriento archivo español; de la muerte gloriosa y triste de un gobernador de Chile en las latitudes antárticas en 1756; del naufragio de un navío español, que venía a reconquistar Chile, en las islas Shetland en 1819, antes que ningún barco de otra nacionalidad arribara a esas playas; con la participación chilena en la empresa de John Miers y del capitán Smith que condujo al descubrimiento definitivo de dichas islas; y con el viaje igualmente desconocido del "Dragón" de Valparaíso a la "Tierra de O'Higgins" en el año 1820.

De "Diplomacia", publicación de la Academia Diplomática de Chile.

